

WARHAMMER
40.000

CIAPHAS GAIN

HÉROE DEL IMPERIUM



SANDY MITCHELL

minotauro



CIAPHAS CAIN
HÉROE DEL IMPERIUM

SANDY MITCHELL

minotauro

Título: *Ciaphas Cain: Héroe del Imperium*

Versión original inglesa publicada por Black Library:

For the Emperor, 2003
Caves of Ice, 2004
The Traitor's Hand, 2005
Flight or Flight, 2002
The Beguiling, 2003
Echoes of Tomb, 2004

Esta publicación fue publicada por primera vez en Gran Bretaña en 2018 por Black Library

Ciaphas Cain: Hero of the Imperium © Copyright Games Workshop Limited 2018.

Ciaphas Cain: Héroe del Imperium GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo ® o ™ y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo.

Todos los derechos reservados.

Título original: *Ciaphas Cain: Hero of the Imperium*

Ilustración de la cubierta: Clint Langley

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

© 2022 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: Patricia Nunes, Emma Fondevilla y Olaya Fondevilla

ISBN: 978-84-450-1238-3

Depósito legal: B. 8.637-2022

Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Web: www.edicionesminotauro.com

Blog: <https://www.planetadelibros.com/blog/planeta-fantasy/16>

Facebook/Instagram/YouTube: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

Contenido

Introducción	11
Luchar o Huir	15
Por el Emperador	39
Ecos de la Tumba	335
Cavernas de Hielo	363
La Seducción	603
La Mano del Traidor	625

LUCHAR O HUIR

Como cualquier joven comisario recién nombrado, me enfrenté a mi primera misión con una mezcla de entusiasmo e inquietud. Después de todo, yo era la encarnación visible de la voluntad del Emperador, y casi ni podía reprimir la vocecilla que me preguntaba si, cuando llegara el momento de la verdad, sería realmente merecedor de la confianza que se había depositado en mí. Al llegar ese momento, en medio de la sangre y la gloria del campo de batalla, encontré la respuesta, y mi vida cambió para siempre.

Ciaphas Cain, «Servir al Emperador: la vida de un comisario», 014. M42

Si hay algo de verdad entre todas las patrañas piadosas y la retórica que pasan por mi autobiografía, son las cinco últimas palabras de ese párrafo. Cuando miro hacia atrás y veo los últimos cien años de cobardía, de verdades retorcidas, de terror que afloja los intestinos y de pura buena suerte que de algún modo me lanzó a la deslumbrante cúspide de Héroe del Imperio, puedo señalar, con toda certeza, esa pequeña y turbia escaramuza en un mundo minero olvidado como el incidente que me convirtió en lo que soy.

Llevaba ocho semanas como comisario de pleno derecho cuando llegué a Desolatia IV, y siete de ellas las había pasado viajando por la disformidad. Inmediatamente pude ver que mi nueva unidad no estaba muy contenta de recibirme. Cuando bajé de la lanzadera, había un único Salamander esperando en el límite de la pista de aterrizaje, con su camuflaje de desierto roído por la arena, que mostraba el distintivo de la 12ª Artillería de Campo Valhalliana. Pero no había ni rastro de los oficiales superiores que, según exigía el protocolo, debían recibir a un comisario al llegar. Sólo un soldado con cara de aburrido, con un uniforme exiguo, que aprovechaba como podía la poca sombra que ofrecía el vehículo aparcado. Cuando aparecí, alzó la vista de su tablilla de datos de «grabados artísticos» y comenzó a arrastrar los pies, más o menos hacia mí, levantando pequeñas bocanadas de polvo amarillo.

—¿Te llevo la bolsa, señor? —Ni siquiera hizo un amago de saludo.

—Estoy bien —respondí apresuradamente—. No pesa.

Su olor corporal le precedía como una burbuja personal de fuerza. La tablilla de información a la que había echado una ojeada antes de hacer el feliz descubrimiento de que la nave de transporte estaba llena de tripulantes que aún creían que los juegos de azar tenían algo que ver con la suerte, mencionaba que los valhallianos procedían de un mundo helado, así que no era sorprendente que el calor abrasador de Desolatia le hiciera sudar copiosamente, pero poco me esperaba encontrarme con un arma biológica andante.

Superé el reflejo del vómito y adopté la expresión de buen humor amistoso que me había sacado de muchísimos líos durante mis años en la schola, además de meterme en tantos otros tan a menudo como podía ingeniármelas.

—Comisario Cain —dije—. ¿Y tú eres...?

—Artillero Jurgen. El coronel envía sus disculpas, pero está ocupado.

—Sin duda —repuse.

La tripulación de tierra estaba comenzando a bajar la carga,

cajones anónimos y piezas de maquinaria minera más grandes que yo pasaban flotando sobre palés elevadores. Las minas eran la razón por la que estábamos ahí: para asegurar un suministro ininterrumpido de una cosa u otra a los mundos forja del Imperium a pesar de la presencia de un grupo de asalto de orkos que, al llegar, se había quedado desagradablemente sorprendido de encontrarse una nave de transporte de tropas en órbita, esperando a que remitiera una pequeña tormenta disforme. Precisamente lo que estábamos defendiendo de nuestros enemigos, que disminuían rápidamente, estaría en algún lugar de la pizarra informativa, supuse.

Los habs mineros se alzaban sobre nosotros, colgando como líquenes de las laderas de las montañas que sus propios habitantes se habían encargado de vaciar por dentro. Para un chico de colmena como yo, resultaban confortablemente nostálgicos, aunque un poco tirando a apiñados. La población total de la colonia era sólo de unos cuantos cientos de miles, incluyendo niños y ancianos; sólo un villorrio, para los estándares del Imperium.

Seguí a Jurgen hasta el Salamander, serpenteando entre el creciente montón de trabajadores; él fue derecho hacia el vehículo sin que nadie se le pusiera por medio: la miasma de sus calcetines sucios le abría camino con la misma eficacia que una espada sierra. Mientras subía mi bolsa de viaje a bordo, me encontré preguntándome si ir allí habría sido un error.

El viaje transcurrió sin incidentes; nada más llamativo que un indicador interrumpía la monotonía de la carretera del desierto, una vez las montañas hubieron quedado reducidas a una mancha baja en el horizonte. Lo único que remotamente podría considerarse paisaje eran los cascotes quemados de los carros de guerra orkos que nos encontrábamos de vez en cuando.

—Debes estar deseando salir de aquí —comenté, disfrutando de la sensación del viento en el pelo y deleitándome con el hecho de que, sentado en lo alto, tras el escudo del artillero, estaba, afortunadamente, aislado del hedor de Jurgen. Éste se encogió de hombros.

—Sea la voluntad del Emperador.

Lo decía mucho. Estaba comenzando a darme cuenta de que donde debería estar su intelecto había una adhesión literal a la doctrina Imperial que hubiera hecho bailar de alegría a mis antiguos tutores de la schola. Si alguna vez se dignaran a hacer algo tan poco digno, claro.

Poco a poco, el perfil del parque de artillería comenzó a dibujarse a través de la bruma del calor. Se hallaba situado al socaire de un bajo peñasco, que se alzaba en medio de la reseca arena como una isla en un mar de grava. A los valhallianos no les había costado mucho adaptar su valoración instintiva de las condiciones de las ventiscas a las tormentas de arena que eran habituales aquí. Desde la pared de roca se extendían unas bermas excavadas, que ampliaban el perímetro defensivo formando un semicírculo irregular, salpicado de emplazamientos protegidos por sacos de arena y otros movimientos de tierra complementarios.

Lo primero que distinguí con claridad fueron los Estremeceadores; incluso a esa distancia, eran impresionantes, y empequeñecían las cúpulas hab hinchables que rodeaban el complejo como setas camufladas. Al acercarnos más, también distinguí las baterías de Hydras, emplazadas con cuidado a lo largo del perímetro para maximizar la cobertura contra un ataque aéreo.

A mi pesar, quedé favorablemente impresionado; el coronel Mostrue sin duda sabía hacer su trabajo, y no tenía la intención de permitir que la falta de un enemigo visible le hiciera dejarse llevar por una falsa sensación seguridad. Empecé a tener ganas de conocerle.

—¿Así que tú eres el nuevo comisario? —Alzó la mirada de su escritorio y me miró como si hubiera encontrado algo pegado a la suela de su bota.

Asentí, eligiendo una expresión educada y neutra. Ya me había encontrado con gente así, y mi opción preferida de encanto despreocupado no serviría con él. Los comandantes de la Guardia Imperial tendían a desconfiar de los oficiales políticos que les eran asignados, y a menudo por una buena razón. La mayor parte del tiempo, lo más que podías esperar de ellos era establecer una re-

lación de trabajo tolerable y conseguir no chocar demasiado el uno con el otro. Eso ya me iba bien; incluso ya entonces me había dado cuenta de que los comisarios que querían imponerse tendían a acabar muriendo heroicamente por el Emperador, aunque el enemigo estuviera sospechosamente lejos en ese momento.

—Ciaphas Cain —me presenté, con una inclinación de cabeza formal e intentando no temblar. El aire de la cúpula había sido helado, a pesar del horno que era el exterior, e inesperadamente me encontré agradeciendo el abrigo grande que iba con mi uniforme. Debería haber supuesto que el gusto de los valhallianos tiraría hacia un aire acondicionado que te dejaba el aliento como vapor cada vez que hablabas. Mostrue iba con su camisa sin mangas mientras que yo hacía todo lo posible por no tiritar.

—Sé quién eres, comisario. —Su voz era seca—. Lo que me gustaría saber es qué estás haciendo aquí.

—Voy donde me envían, coronel. —Lo que era verdad, hasta cierto punto. Porque lo que no mencioné fue que me había esforzado mucho para encontrar un funcionario del Administratum con una debilidad por las cartas y una incapacidad de distinguir una baraja marcada que casi era un regalo del Emperador; dicho funcionario, después de unas cuantas agradables veladas, me dejó en una posición que me permitía prácticamente elegir cualquier unidad de toda la Guardia a la que asignarme.

—Nunca antes nos habían asignado un comisario.

Me coloqué una expresión de perplejidad.

—Probablemente porque no parece necesitar uno. Los informes de tu unidad son ejemplares. Sólo puedo suponer... —Vacilé justo lo suficiente para picar su interés.

—¿Suponer qué?

Fingí vergüenza mal disimulada.

—¿Puedo hablarte sinceramente un momento, coronel? —Él asintió—. No fui el alumno más diligente en la schola. Para ser franco, demasiado tiempo en la cancha y no el suficiente en la biblioteca. —Él asintió de nuevo. Pensé que sería mejor no mencionar otras actividades que me habían ocupado la mayor parte del tiempo que debería haber pasado estudiando—. Mi última

valoración fue justita. Supongo que con esta asignación pretendían... facilitarme la entrada en servicio colocándome donde no me encuentre con demasiados retos.

Funcionó de maravilla, claro. Mostrue se sintió halagado por la implicación de que su unidad estaba tan bien dirigida que hasta el Comisariado se había fijado favorablemente en ella, y si bien no estaba exactamente contento de tenerme a bordo, al menos ya no irradiaba suspicacia y resentimiento mal disimulados. Y además, era casi cierto; una de las razones por las que había escogido el 12º de Artillería de Campo era porque no parecía que yo tuviera mucho que hacer allí. Aunque la razón principal había sido que las unidades de artillería luchaban desde detrás de las líneas. Muy por detrás. Nada de tener que meterse por junglas o ciudades, esperando un proyectil láser en la espalda; ni aguantar en las barricadas cara a cara con una horda de orkos gritando. Sólo la satisfacción de pulverizar al enemigo a una distancia segura y tomar una rápida taza de recafeinado antes de seguir haciéndolo. Me parecía perfecto.

—Haremos todo lo que podamos para mantenerte con poco trabajo. —Mostrue sonrió levemente, con un ligero aire de satisfacción tolerante en el semblante. Yo sonreí también. Si dejas que la gente se sienta superior a ti, es tan fácil de manipular como un niño.

—Artillero Erhlsen. Sin uniforme durante el turno de guardia. —Toren Divas, el subalterno de Mostrue, miró mal al último trasgresor, que tuvo la decencia de sonrojarse y mirarme nervioso. Divas era lo más parecido a un amigo que había conseguido tener desde mi llegada; un hombre amable, que había estado encantado de pasar la tarea de mantener la disciplina entre las tropas a un auténtico comisario, ahora que tenía uno a mano.

—¿Y quién no, con este calor? —Hice como si leyera el informe oficial, y alcé la mirada—. Sin embargo, a pesar de las obvias circunstancias atenuantes, tenemos que mantener cierto nivel. Cinco días destinado a las cocinas. Y ponte unos pantalones.

Erhlsen saludó formalmente, claramente aliviado de haber esca-

pado a los azotes con los que normalmente se castigaba esa infracción, y se marchó pasando entre sus escoltas y mostrando demasiado de sí en sus mal parcheados calzoncillos.

—Déjame que te diga, Cain, que no eres en absoluto como me había esperado. —Erhlsen había sido el último infractor del día, y Divas estaba comenzando a recoger su documentación—. Cuando nos dijeron que íbamos a tener un comisario...

—Todo el mundo entró en pánico. Las partidas de cartas se abandonaron, las destilerías ilegales se desmantelaron y los almacenes cuadraron su inventario por primera vez en la historia. —Reí, mientras me metía rápidamente en el personaje afable que empleo para tranquilizar a la gente—. No todos somos unos aguafiestas molestando con el Emperador, sabes.

La cúpula hab se sacudió cuando los Estremecedores de fuera hicieron honor a su nombre. Después de un mes ahí, casi ni lo noté.

—Conoces tu trabajo mejor que yo, claro. —Divas vaciló un instante—. Pero ¿no crees que podrías estar siendo un poco...? Bueno...

—¿Demasiado indulgente? —Me encogí de hombros—. Quizá. Pero a todo el mundo le está costando el calor. Se merecen un poco de manga ancha. Es bueno para la moral.

La verdad era, claro, que a pesar de que los hayas visto en los holos, los comisarios carismáticos, amados y respetados por los hombres a los que dirigen, son tan frecuentes como las bailarinas orko; que te consideren un blando que es infinitamente preferible a cualquier posible alternativa, y es casi igual de bueno cuando se trata de asegurarte de que alguien te guarde la espalda en una batalla.

Salimos de la cúpula hab, y el golpe del calor me dejó sin aire en los pulmones, como siempre; ya estábamos a medio camino de la sala de oficiales cuando una insistente sensación de inquietud indefnida pasó a ser una repentina certeza: los cañones habían dejado de disparar.

—Creía que íbamos a estar bombardeando durante todo el día —dije.

—Así es. —Divas se volvió y miró hacia los Estremecedores. Grupos de artilleros, sudorosos y desnudos hasta la cintura, estaban asegurando el equipo, claramente contentos de cesar el fuego—. Algo ha...

—¡Señor! ¡Comisario! —No era necesario identificar al mensajero; el exclusivo olor corporal de Jurgen anunciaba su llegada con la misma seguridad que el silbido de una bomba presagia una explosión. Corría hacia nosotros desde las oficinas de las baterías—. ¡El coronel quiere verte inmediatamente!

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Nada, señor. —Hizo un amago de saludo, más por Divas que por mí, mientras una gran sonrisa le dividía la cara—. ¡Van a sacarnos de aquí!

—Sí, es cierto. —Mostrue parecía tan contento con las noticias como todos los demás. Señaló una pantalla hololítica—. La 6ª Blindada ha acabado con el último foco de resistencia esta mañana. Al anochecer deberían haber completado la limpieza de todo el planeta.

Observé la pantalla con interés, y por primera vez vi la dispersión completa de nuestras unidades. El grueso de nuestras fuerzas en este hemisferio se hallaba muy hacia el este, lo que dejaba una lucecita aislada entre ellos y las minas. Nosotros. Los orkos se habían retirado más lejos y más rápido de lo que me había esperado, y comencé a darme cuenta de lo merecida que era la reputación de los valhallianos como soldados de élite de primera línea. Incluso luchando en unas condiciones tan hostiles a ellos como jamás se podrían encontrar, habían molido al enemigo hasta hacerlo papilla en cuestión de semanas.

—¿Y adónde después? —pregunté, y al instante me arrepentí. Mostrue volvió hacia mí sus pálidos ojos del mismo modo que mi antiguo tutor domus solía hacer en la schola, cuando estaba seguro de que yo era culpable de algo, pero no podía probarlo. Lo que sucedía la mayor parte del tiempo, por cierto, pero me estoy yendo por la tangente.

—Inicialmente, a la pista de aterrizaje. —Se volvió hacia Di-

vas—. Tenemos que colocar los armenes a los Estremecedores para transportarlos.

—Me encargaré de ello. —Divas salió corriendo.

—Después de eso —continuó el coronel, cambiando de pantalla—, tenemos que unirnos al grupo de Keffia. —Una flota de más de mil naves espaciales estaba torciendo hacia el sistema Desolatia. Me quedé impresionado. Las noticias de un levantamiento en este remoto mundo agrario sólo comenzaban a ir llegando al Comisariado cuando me enviaron aquí; era evidente que la Armada había estado muy ocupada durante los últimos tres meses.

—Parece un poco excesivo para un puñado de rebeldes —comentó uno de los oficiales.

—Esperemos que lo sea —dije yo, al ver la oportunidad de recobrar la iniciativa.

Mostrue volvió a mirarme, con evidente sorpresa; estaba claro que había creído que me había puesto en mi lugar la primera vez, por haber tenido la temeridad de interrumpirle.

—¿Sabes algo que nosotros no sabemos, comisario? —Aún pronunciaba mi título como si fuera una especie de hongo, pero al menos estaba fingiendo reconocerlo. Por algo se empezaba.

—Nada concreto —contesté—. Pero he visto indicaciones...

—¿Aparte del tamaño de la flota? —El sarcasmo de Mostrue extrajo una risita de algunos de los oficiales más pelotas, mientras él se daba la vuelta, convencido de que me había pillado el farol.

—Lo cierto es que sólo eran cotilleos —comencé, dejándole saborear su triunfo inexistente durante un poco más—, pero según un amigo en el estado mayor del Señor de la Guerra...

El repentino silencio fue totalmente satisfactorio. Que ese «amigo» fuera una funcionaria administrativa menor con una debilidad por los jóvenes apuestos en uniforme, cuando no estaba ordenando informes y haciendo recafeinado, era un detalle que me guardé para mí. Seguí como si no hubiera notado el grito ahogado colectivo.

—Puede que Keffia hubiera sido infestada por los Genestealers —concluí.

El silencio se prolongó mientras digerían las implicaciones. Todos sabían lo que eso significaba. Una larga y sangrienta campaña para limpiar el mundo metro a metro. Bombardear virus desde la órbita sobre un mundo agrícola era una opción de último recurso, ya que el mundo dejaría de tener valor para el Imperium si se destruía su ecosistema.

Dicho de otro modo, años de campaña en la retaguardia en un clima templado, lanzando explosivos mortales a un enemigo carente de medios para contraatacar de un modo similar. No podía esperar.

—Si eso es cierto —dijo Mostrue, más abatido de lo que nunca lo había visto—, no tenemos tiempo que perder. —Comenzó a lanzar órdenes a sus subordinados.

—Estoy de acuerdo —repuso—. ¿Cuán cerca está la flota?

—A un día, quizá dos. —El coronel se encogió de hombros—. Los astrópatas del cuartel central del regimiento perdieron el contacto con ellos anoche.

—¿Con toda la flota? —Estaba comenzando a notar un desagradable cosquilleo en la palma de las manos. Desde entonces, lo he sentido muchas veces a lo largo de los años, y nunca ha significado nada bueno. Claro que no había ninguna razón por la que un oficial de la Guardia Imperial pudiera considerar que esa falta de contacto fuera una mala señal. Para ellos, la disformidad y cualquier cosa que tenga que ver con ella es algo en lo que es mejor no pensar, pero los comisarios se supone que saben mucho más de lo que les gustaría sobre la materia primordial del Caos. Hay muy pocas cosas capaces de proyectar una sombra en la disformidad tan potente que corte la comunicación con toda una flota de combate, y ninguna de ellas es algo de lo que quiero estar ni a una docena de subsectores de distancia—. Coronel, recomiendo fervientemente que rescindas las órdenes que acabas de dar.

Me miró como si me hubiera vuelto loco.

—No es momento para bromas, comisario.

—Ojalá estuviera bromeando —repliqué. Algo de mi inquietud debía verse en mi rostro, porque comenzó a escucharme de

verdad—. Pon toda la batería en alerta máxima. Especialmente los Hydras. Llama al cuartel central del regimiento y diles que hagan lo mismo. No aceptes un no por respuesta. Y pon en línea todos los auspex de defensa aérea que puedas.

—¿Algo más? —preguntó él, aún dudando claramente de si tomarme en serio o no.

—Sí —contestó—. Reza al Emperador para que me equivoque.

Por desgracia, no me equivocaba. Me hallaba en el puesto de mando, hablando con el capitán de una barcaza minera que había entrado en órbita esa mañana, cuando mis peores temores se hicieron realidad. El capitán era un hombre rubicundo, tirando un poco a gordo, que estaba claramente incómodo de comunicarse con un oficial Imperial, incluso con uno tan menor como yo.

—Somos lo único que está en órbita, comisario —decía, evidentemente inseguro de por qué se lo preguntaba. Eché una ojeada a la programación de transportes que había requisado a un desconcertado gerente minero.

—No se te esperaba hasta dentro de una semana —indiqué.

El capitán se encogió de hombros.

—Hemos tenido suerte. Las corrientes de la disformidad son más fuertes que nunca.

—O algo muy grande las está alterando —sugerí, y luego me maldije por haberlo dicho. El capitán no era estúpido.

—¿Comisario? —inquirió, y era evidente que estaba considerando las mismas posibilidades que yo, y seguramente preguntándose si sería el momento de salir corriendo.

—Hay una gran fuerza de la Armada que se dirige hacia aquí para recogerlos —le aseguré, con una media verdad.

—Ya veo. —Era evidente que no se fiaba más de mí que de una lanzadera de carga, hombre inteligente. Estaba a punto de decirme algo cuando su navegante nos interrumpió.

—Estamos detectando portales en la disformidad. ¡Por docenas!

—¿La flota? —preguntó Diva, a mi lado, esperanzado. Mos-true negó con la cabeza, dudoso.

—Las firmas de los auspex no son las correctas. No son las de naves en absoluto...

—Bionaves —dije—. Sin metal en el casco.

—¿Tiránidos? —Mostrue se había puesto gris. Seguramente yo también, aunque había tenido más tiempo para hacerme a la idea. Como he dicho, no había mucho que pudiera proyectar una sombra tan grande en la disformidad, y con Genestealers corriendo a sus anchas a un par de sistemas de distancia, no necesitaba al inquisidor Kryptmann para atar cabos. Volví mi atención de nuevo hacia el capitán del carguero, antes de que cortara la comunicación.

—Capitán —dije a toda prisa—, tu nave ahora está requisada por el Comisariado. No saldrás de órbita sin instrucciones expresas. ¿Lo entiendes?

El capitán asintió, sombrío, y se volvió para gritar órdenes a su tripulación.

—¿Para qué quieres una barcaza minera? —Mostrue me miró con ojos entrecerrados—. ¿Planeando dejarnos, comisario?

Eso era precisamente lo que tenía en la cabeza, claro, pero sonreí un poco, fingiendo tomarme su comentario como humor sarcástico.

—No te creas que no me tienta —repuse—. Pero me temo que estamos atrapados aquí.

Desplegué la pantalla táctica. En el exterior, el redoble de los Hydras comenzó, en busca de las primeras esporas micéticas que ya penetraban en la atmósfera. Aparecieron puntos rojos en el hololito, estableciendo las primeras bases. Vi aliviado que, como había esperado, los tiránidos se habían centrado en la mayor concentración visible de biomasa: el grueso del regimiento. Eso me daba un poco más de tiempo.

—¿De dónde han salido? —preguntó Divas, con un principio de pánico en la voz.

Me encontré adoptando mi papel de autoridad calmada. Todo mi entrenamiento estaba dando sus frutos.

—Una de las flotas escindidas de Macragge. —El segmento estaba lleno de ellas; una consecuencia de la heroica victoria de los

Ultramarines sobre la Flota Enjambre Behemoth, de hacía casi una década. Restos desperdigados, una mínima fracción de la amenaza que en su momento representaron, pero aún suficiente para superar un mundo con pocas defensas. Como éste—. Pequeña. Débil. Fácil de derrotar. —Le palmeé en la espalda, animándole e irradiando una confianza que no sentía. Le indiqué los datos procedentes de un auspex de navegación de la barcaza minera—. Menos de cien naves. —Cada una de ellas seguramente con bioconstructos suficientes para devorar a todos los que estábamos en el planeta, pero en ese momento no me podía permitir pensar en eso.

Mostrue estaba observando la pantalla, asintiendo pensativo.

—Para eso querías la barcaza. Para ver lo que estaba pasando ahí arriba. —La mayor parte de la red de sensores del regimiento habían estado dirigidos hacia abajo, hacia la superficie del planeta—. Buena idea.

—En parte —repuse. Le indiqué las lecturas de superficie. Nuestras defensas aéreas estaban haciendo un gran trabajo, pero el ingente número de esporas era imparable. El número de iconos rojos de contacto sobre la superficie estaba empezando a hacer que el hemisferio pareciera un caso de la viruela de Uhlren—. Pero también la necesitaremos para una evacuación.

—¿Evacuar a quién? —La mirada de sospecha volvía a estar en el rostro de Mostrue. Señalé la colonia minera.

—Estoy seguro de que no te has olvidado del cuarto de millón de civiles que están justo al lado del campo de aterrizaje —comenté suavemente—. Los tiránidos aún no se han fijado en ellos; gracias al Emperador por las zonas de habs subterráneos. —Divas inclinó la cabeza ante la mención del Nombre Sagrado, y se recompuso con un esfuerzo visible—. Pero cuando se fijen, pensarán que es un bufé libre.

—¿Una barcaza será suficiente? —preguntó Divas.

—Tendrá que serlo —respondí—. Estarán incómodos y apinados, seguro, pero es mucho mejor que acabar como el almuerzo de un hormagante. ¿Puedes empezar a prepararlo?

—Inmediatamente. —Al tener algo que hacer, Divas estaba

recuperando su confianza. Le palmeé la espalda otra vez, cuando se dio la vuelta para salir.

—Gracias, Toren. Sé que puedo confiar en ti. —Eso sería suficiente. El pobre pringado preferiría enfrentarse a un cárnifex con la pata de una silla que creer que me había decepcionado. Lo que me dejaba solo con Mostrue—. Necesitamos ganar tiempo —dije, cuando el joven subalterno hubo salido.

El coronel me miró, sorprendido por el cambio en mi actitud. Pero yo ya me lo conocía: con él lo mejor sería hablar claramente.

—La situación es peor de lo que dejas ver, ¿no? —preguntó.

Yo asentí.

—No quería hablarlo delante de Divas. De momento, ya tiene bastante. Pero sí. —Me volví de nuevo hacia la pantalla táctica—. Incluso con todas las lanzaderas que puedan conseguir, se tardará como mínimo un día en subirlos a todos a bordo. —Señalé al avance principal de los tiránidos—. Por el momento, los tiránidos están aquí, enfrentándose a nuestra fuerza principal. Cuando se fijen en la colonia...

—O acaben con el regimiento. —Mostrue podía leer el holo-lito igual que yo. Asentí.

—Se dirigirán hacia el oeste. Y cuando lo hagan tendremos que contenerlos mientras podamos. —Dicho de otra forma, hasta que muriéramos. No hacía falta especificarlo.

Mostrue asintió, muy serio. Cristalitos de hielo cayeron desde el techo cuando los Estremecedores volvieron a la acción, restando una mínima parte a las probabilidades en nuestra contra. Me sorprendió tendiéndome la mano, cogiéndomela y estrechándomela con firmeza.

—Eres un buen hombre, comisario —dijo. Lo que demostraba lo malo que era para conocer a las personas.

Una vez había puesto todo en marcha, lo único que quedaba era esperar. Me quedé por el puesto de mando un rato más, observando florecer los puntos rojos en el desierto al este de nosotros, y maravillándome de la tenacidad de nuestra fuerza principal. Había supuesto que serían aniquilados en cuestión de horas, pero

mantenían obstinadamente sus posiciones, incluso ganando terreno en unos cuantos puntos. Aun así, ante la lluvia constante de esporas micéticas portando una marea infinita de refuerzos, sólo estaban consiguiendo retrasar lo inevitable. Mostrue observaba tenso, y se apartó un poco, al notar mi presencia, para permitirme una vista mejor. En otras circunstancias, me habría vanagloriado en silencio de mi popularidad repentina, pero estaba demasiado ocupado conteniendo el impulso de correr hacia las letrinas.

—Esto tenemos que agradeceréte a ti —dijo Mostrue—. Sin tu aviso, hubieran estado sobre nosotros.

—Estoy seguro de que hubieras podido arreglártelas —repuse, y me volví hacia Divas—. ¿Cómo va la evacuación?

—Lenta —admitió. Fingí consultar los datos y le sonreí animosamente.

—Más rápida de lo que esperaba —mentí. Pero lo suficientemente rápida. Si iba a unirme a ellos, no podía esperar mucho más. Divas estaba contento—. Por aquí ya no puedo hacer nada más —dije, dirigiéndome a Mostrue—. Esta es una tarea para un auténtico soldado—. Le dejé un momento para que saboreara el cumplido—. Iré un rato con los hombres. Intentaré subirles la moral.

—Para eso estás aquí —repuso él, queriendo decir: «lárgate y déjame que me encargue yo». Así que lo hice.

La noche había caído unas horas atrás, y la temperatura se había desplomado a los niveles con los que los valhallianos estaban más confortables, y los soldados parecían más contentos, a pesar de la perspectiva de un combate inminente. Fui de grupo en grupo, soltando algunos chistes, rebajando la tensión, traspasándoles una seguridad que yo estaba muy lejos de sentir. A pesar de mis defectos, y yo sería el primero en admitir que son muchos, se me da muy bien todo eso. Que fue por lo que el Comisariado me eligió.

Poco a poco, sin parecer tener un destino específico en la cabeza, me fui acercando al aparcamiento de vehículos. Ya casi había llegado cuando me quedé sin tiempo.

—¡Ya están aquí! —gritó alguien, mientras comenzaba a disparar con un rifle láser.

Me volví al oír el crujido distintivo de aire ionizado a tiempo de ver a un soldado, que no reconocí, derrumbado por una forma oscura y grotesca que caía desde el cielo como un ave de presa. No reconocí al soldado porque ya no tenía cara, se la había comido el perforacarnes que llevaba esa cosa.

—¡Gárgolas! —grité, aunque esa advertencia apenas podía oírse por encima del griterío fantasmal que presagiaba un ataque con bioplasma. Salté hacia un lado justo a tiempo de evitar un rayo ardiente de materia primordial, vomitado por un horror alado que se dirigía hacia mí. Noté el calor en la cara cuando el rayo pasó, se detonó a unos cuantos metros de distancia e incendió una tienda. Sin pensar, desenvainé mi espada sierra, apreté el selector a velocidad máxima y la agité sobre mi cabeza mientras me agachaba. La suerte me acompañó, porque fui recompensado con un torrente de mierda apestosa que se me metió por el cuello de la camisa.

—¡Cuidado, comisario!

Giré en redondo y lo vi volviendo hacia mí bajo la luz del incendio, gritando enrabiado, y con los jirones de las entrañas colgando tras él como un estandarte. Erhlsen estaba con una rodilla en tierra, siguiéndole con el cañón de su rifle láser, tranquilamente, como si estuviera en una caseta de feria. Me tiré al suelo mientras él apretaba el gatillo, y la cabeza de la cosa estalló.

—¡Gracias, Erhlsen! —Le agradecí con un gesto de mano, me puse en pie y saqué la pistola láser con la mano izquierda. Él me sonrió de medio lado y se volvió para marcar otro objetivo.

Hora de estar en otro sitio, pensé, y corrí todo lo que puede hacia el aparcamiento de los vehículos. En el camino, disparé con frecuencia y blandí la espada sierra en todas las posiciones defensivas que pude recordar, pero si le di a algo, sólo el Emperador lo sabe. Al parecer, resulté una figura heroica, lanzando lo que se tomó por un grito de guerra animoso —en vez de un incoherente aullido de terror—, que alentó infinitamente a los hombres.

Los Hydras ya no paraban de disparar, recosiendo el aire sobre

el campamento con un fuego trazador que parecía tan denso como para caminar por él. Pero las gárgolas eran pequeñas y muy rápidas, y la mayoría lo esquivaba con facilidad. Mientras me retorció el cuello mirando a todas partes en busca de posibles amenazas, vi que la mayoría de los soldados estaban cubriéndose allí donde podían; cualquiera que se quedara al descubierto ya no estaría en condiciones de moverse, debido a la lluvia de fuego de los perforacarnes y los rayos de bioplasma. Al desviar mi atención, tropecé y caí con fuerza sobre algo que me maldijo y trató de chafarme el cráneo con la culata de un rifle láser.

—¡Jurgen! ¡Soy yo! —exclamé, bloqueándole frenéticamente con el antebrazo antes de que pudiera partirme la cabeza. Incluso sobre el olor a tripas de gárgola, pude decir quién era sin mirarlo. Se había metido entre las orugas de una Salamander, cuyo casco blindado le protegía de la ventisca de muerte que caía del cielo.

—Comisario. —Pareció aliviado—. ¿Qué debemos hacer?

—Arranca esta cosa —respondí.

Cualquier otro habría protestado, pero la obstinada deferencia a la autoridad de Jurgen lo hizo salir sin vacilar. Medio esperé oír un grito y el húmedo golpe del impacto de un perforacarnes, pero, pasado un momento el motor cobró vida. Respiré hondo una vez, y luego otra. Renunciar a la seguridad de la cobertura de una placa blindada para cambiarlo por el puente expuesto del coche de reconocimiento descubierto parecía suicida, pero quedarse ahí para el gran asalto sería aún peor.

Con más fuerza de voluntad de la que creía poseer, enfundé la pistola, apreté la empuñadura de la espada sierra y rodé hacia cielo abierto.

—Aquí arriba, señor. —Jurgen me tendió una mano roñosa, que agarré agradecido, y me alzó hasta detrás de los cañones automáticos. Algo crujió bajo mis botas: cositas parecidas a abejas, miles de ellas, disparadas por los perforacarnes de las gárgolas. Me estremecí instintivamente, pero estaban muertas, al no haber encontrado carne viva que consumir durante su breve espasmo de existencia.

—¡Vámonos! —grité, y casi me caí de culo cuando Jurgen ace-

leró. Me metí debajo de la pantalla del artillero, bajé el arma de combate y abrí fuego. Tuvo poco resultado, claro, pero quedaría bien, y cualquiera que nos viera supondría que ese fuego extra era la razón por la que me había hecho con el vehículo.

En unos momentos estábamos fuera del perímetro del campamento, y Jurgen comenzó a aminorar.

—¡Sigue adelante! —ordené.

Él me miró perplejo, pero de nuevo le dio al acelerador.

—¿Adónde, señor?

—Oeste. Las minas. Tan rápido como puedas.

De nuevo, me esperé preguntas, dudas, y quizá las hubiera tenido de cualquier otro soldado. Pero, Jurgen, el Emperador bendiga su memoria, simplemente cumplió sin demora. Claro que, en su posición, yo hubiera hecho lo mismo, aliviado de que me ordenara alejarme de la batalla. Gradualmente, el ruido y el reflejo del fuego comenzó a perderse en la noche. Estaba empezando a relajarme, calculando el tiempo que quedaba antes de llegar a un lugar seguro, cuando el Salamander se sacudió violentamente.

—¡Jurgen! —grité—. ¿Qué pasa?

—Nos están disparando, señor. —No sonaba más preocupado por ello de lo que lo hacía sobre su tarea habitual de encargado de las letrinas. Tardé un momento en darme cuenta de que Jurgen confiaba en que yo me ocupara de lo que fuera a lo que nos enfrentábamos. Me alcé un poco para mirar por encima de la pantalla del artillero, y tuve un espasmo de esfínter.

—¡Gira! —grité, cuando el segundo disparo del cañón venenoso marcó el blindaje a pocos centímetros de mi cara—. ¡De vuelta al campamento!

Incluso ahora, después de más de un siglo, sigo despertándome, sudando con pesadillas por aquel momento. En el resplandor de justo antes del amanecer, ante nosotros parecía moverse un gran océano gris, ondeando suavemente; pero en lugar de agua, era un mar de quitina, salpicado de garras y fauces en vez de espuma, que rodaba inexorablemente hacia la frágil isla defensiva del parque de artillería. Hubiera llorado de desilusión si no fuera porque estaba ya tan aterrado que no tenía sitio para ninguna otra

emoción. Los tiránidos habían sido más listos que yo, avanzando para cortarnos el camino e impedir nuestra huida.

Boté sobre el casco blindado y caí pesadamente en el compartimento de la tripulación, mientras Jurgen ponía una de las orugas marcha atrás y nos daba la vuelta, prácticamente sobre el espacio de una moneda. Me golpeé dolorosamente la cabeza contra algo duro. Parpadeé para aclararme las lágrimas que me habían saltado y vi que era un equipo comunicador. Algo parecido a la esperanza se encendió de nuevo en mí y agarré el micrófono.

—¡Cain a mando! ¡Contesta! —grité, con la voz desgarrada por el pánico. Por un momento, sólo el silbido de estática.

—¿Comisario? ¿Dónde estás? —La voz de Mostrue era calma y segura—. Hemos estado buscándote desde que rechazamos el ataque...

—¡Era una distracción! —aullé—. ¡La fuerza principal está llegando por el oeste! ¡Si no reposicionas los cañones, estamos todos muertos!

—¿Estás seguro? —El coronel parecía dudar.

—¡Estoy aquí fuera ahora! ¡Tengo la mitad de la flota enjambre pegada al culo! ¿Cuán más seguro quieres que esté? —Nunca lo supe, porque la antena se derritió bajo el impacto de una ráfaga de bioplasma. El Salamander se sacudió de nuevo, y el motor aulló, mientras Jurgen lo forzaba hasta velocidades para las que nunca había sido diseñado. A pesar de mi agitación, no pude resistirme a mirar cautelosamente por encima del borde de la placa blindada.

¡Emperador Misericordioso, estábamos ampliando la distancia! El fuego que nos atacaba era cada vez más impreciso, mientras el enjambre se quedaba lentamente atrás. Envalentonado, giré el bólter montado sobre el pivote y disparé hacia la espesa masa de bullente obscenidad; no tenía que apuntar, porque era difícil que no le diera a algo, pero lo dirigí en la dirección de la criatura más grande que vi. Como norma, cuanto más grande la criatura, más arriba está en la jerarquía de la colmena, y más vital es para coordinar el enjambre. Y por lo que recordaba vagamente de alguna lección largo tiempo olvidada de xenobiología, los enjambres sem-

bradores solían contar con pocas de ellas. No le di al tirano que había visto, pero uno de sus guerreros guardianes cayó, y quedó convertido inmediatamente en baba por el peso del enjambre que siguió adelante sobre él.

Ya veíamos el campamento: soldados como hormiguitas alineadas en las fortificaciones, y, alabado sea el Emperador, los Hydras cambiando de posición para defenderlos, con las torretas de cañones automáticos cuadrados hundiéndose para enfrentarse a la marea de muerte que se aproximaba. Yo estaba comenzando a pensar que quizá pudiéramos lograrlo...

En ese momento, se oyó un fuerte crujido y el chirrido del metal torturado: nuestro aullante motor se quedó en silencio. Jorgen lo había forzado demasiado e íbamos a pagar por ello con nuestra vida. El Salamander dio un bandazo, se fue de lado y derrapó hasta detenerse, levantando una lluvia de arena.

—¿Qué hacemos ahora, señor? —preguntó Jorgen, mientras salía del compartimento del conductor. Agarré mi espada sierra y contuve el impulso de usarla en él; aún podía serme útil.

—¡Corre a toda leche! —exclamé, demostrándole el modo. No tenía que ser más rápido que los tiránidos, sólo más rápido que Jorgen. Oí sus botas removiendo la arena detrás de mí, pero no me volví, porque eso me habría ralentizado momentáneamente, y lo cierto era que tampoco quería ver lo cerca que estaba el enjambre.

Los Hydras abrieron fuego; disparaban por encima de nosotros, abriendo agujeros en la ruidosa pared que se nos echaba encima, pero sin llegar a ralentizarla. Los rayos de los rifles láser comenzaron a seguirles; aunque las armas de fuego más pequeñas no serían muy efectivas en ese rango, cada poco ayudaba. Los guerreros devolvían fuego esporádicamente, y lo dirigían a los defensores detrás de las barricadas, no a nosotros. Al parecer, la mente enjambre había decidido que no valía la pena singularizarnos. Me iba de perlas.

Ya casi estaba en las bermas, con los gritos de ánimo de los hombres del emplazamiento resonándome en los oídos, cuando oí un aullido detrás de mí. Jorgen se había caído.

—¡Comisario! ¡Socorro!

Ni de broma, pensé, decidido a llegar a la seguridad de las barricadas, pero entonces se me heló la sangre. Ante mí, avanzando de costado para cortarnos el paso, estaba el enorme e inconfundible bulto del tirano del enjambre, acompañado de sus guardaespaldas. Siseó, abriendo las fauces, y yo me tiré hacia un lado, esperando la conocida explosión de bioplasma; en lugar de eso, un estallido salvaje de energía pura detonó donde yo me había hallado segundos antes. Me puse en pie, alejándome lo más rápido que pude, y me encontré corriendo en dirección a Jurgen. Éste se hallaba tirado en el suelo, con un hormagante a punto de destriparlo con sus garras de guadaña, mientras sus compañeros de progenie hacían cola para ir cortando a cachos lo que quedara. Atrapado entre los hormagantes y el tirano del enjambre, la elección era evidente: tenía una mínima posibilidad de abrirme paso a través del grupo de criaturas menores, pero regresar supondría una muerte segura.

—¡Apártate! —grité, y blandí mi espada sierra contra el hormagante que atacaba a Jurgen. El bicho sólo pudo mirarme sorprendido antes de que se le saltara la cabeza, esparciendo a chorro un icor que olía casi tan mal como Jurgen. Éste se puso en pie mientras disparaba su rifle láser y le reventaba el tórax a otro, que apenas había tenido yo tiempo de darme cuenta de que me iba a destripar. Parecía que estábamos igualados. Miré alrededor. El resto de la progenie se cernía sobre nosotros, y el tirano se estaba acercando, alzándose imponente contra el cielo enrojecido del amanecer.

Y de repente el tirano ya no estaba ahí, sólo jirones de carne humeante que fueron cayendo casi tranquilamente sobre la arena, mientras sus guerreros asistentes estallaban alrededor. Uno de los Hydras había rodado hasta el límite de su emplazamiento para conseguir un disparo directo, y las salvas de los proyectiles de los cañones automáticos destrozaron al grupo casi a quemarropa.

Alcé la espada sierra para bloquear el arco de la guadaña del hormagante más cercano, y fallé porque el bicho se apartó bruscamente. Todo el enjambre estaba vacilando, moviéndose inseguro, privado de la inteligencia que lo guiaba.

—¡Fuego! ¡Seguid disparando! —La voz de Mostrue resonó con fuerza, clara y segura, desde las barricadas. Los artilleros cumplieron con entusiasmo. De nuevo blandí la espada sierra; el miedo y la desesperación me estaban dando una fuerza sobrehumana, que me permitió ir cortando camino entre los bichos como si fueran asados de grox.

De repente, el enjambre se rompió, y los bichos se diseminaron, correteando como roedores asustados. Dejé caer la espada sierra, temblando por la reacción al dejar el peso, y noté que me cedían las rodillas.

—¡Lo hemos logrado! ¡Lo hemos logrado! —Jurgen dejó caer su rifle, mientras gritaba con una voz cargada de asombro—. ¡El Emperador sea alabado!

Noté que un brazo me cogía por los hombros para ayudarme.

—Muy bien, Cain. Lo más valiente que he visto nunca. —Divas me estaba sujetando, con el rostro iluminado con algo cercano a la idolatría—. Cuando has vuelto a por Jurgen, he creído que eras hombre muerto.

—Tú hubieras hecho lo mismo —repuse, al darme cuenta de que la forma más hábil de aprovechar eso era la modestia y la humildad—. ¿Él está...?

—Está bien. —El coronel Mostrue se había unido a nosotros, y me miraba con la expresión de mi viejo tutor del domus—. Aunque me gustaría saber qué estabais haciendo ahí fuera.

—Había algo raro en el asalto de las gárgolas —improvisé apresuradamente—. Y recordé que los tiránidos suelen emplear el ataque por flancos contra los defensores atrincherados. Así que pensé que mejor iba a echar un vistazo.

—¡Gracias al Emperador que lo hiciste! —exclamó Divas, colgado de cada una de mis palabras.

—Podríamos haber enviado a alguien —señaló Mostrue.

—Era peligroso —dije, sabiendo que nos estaban escuchando—. Y, seamos sinceros, coronel, soy el oficial más prescindible de esta batería.

—Nadie en mi batería es prescindible, comisario. Ni siquiera tú. —Por un momento vi una cierta ironía en esos ojos azul hielo

y me estremecí—. Pero en el futuro recordaré tu entusiasmo en ofrecerte voluntario en misiones peligrosas.

«Apuesto a que sí», pensé. Y cumplió su palabra, una vez llegamos a Keffia. Pero mientras tanto aún le quedaba un favor por hacerme.

—He estado pensando, comisario. —Mostrue alzó la mirada del hololito, donde la imagen de nuestra recién llegada flota, que estaba disfrutando de una rara oportunidad de hacer tiro al blanco contra las bionaves, que nos superaban en número—. ¿Quizá debería asignarte un asistente?

—No es necesario, coronel —contesté, halagado sin querer—. Mi carga de trabajo dista mucho de ser excesiva. —Aunque esa no era la cuestión, y ambos lo sabíamos. Mi condición de héroe del regimiento exigía cierto reconocimiento, y asignarme un soldado como mi lacayo personal sería una señal pública de que los oficiales superiores me habían aceptado totalmente.

—De todos modos. —Mostrue sonrió levemente—. No andamos escasos de voluntarios, como puedes imaginar. —Eso ni hacía falta decirlo. La versión oficial de mi heroísmo y de cómo había arriesgado mi vida para rescatar a Jurgen corría por todo el campamento.

—Estoy seguro de que decidirás lo correcto —dije.

—Ya lo he hecho.

Se despertaron mis sospechas, y sentí que se me caía el estómago a los pies. Seguro que no, no, no lo habría...

Mi olfato me dijo que sí lo había hecho, incluso antes de volverme forzando una sonrisa.

—Artillero Jurgen —saludé—. Qué agradable sorpresa.